

UNIVERSIDAD de México

VOLUMEN XI • NUMERO 11

MEXICO, JULIO DE 1957

EJEMPLAR: \$2.00

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

EL ULTIMO AÑO DE THOMAS MANN

QUIERO simplemente hablar de esto: de él, de sus planes, de su último año, de sus últimos días y horas. “Cuando se es viejo y hay que morir” —me había dicho cuando todavía estábamos en California— “hay muchas cosas que a uno le oprimen. Sobre mis últimos días se cierne una gran angustia y melancolía.”

Eso fue allá y entonces, pero al fin —y lo digo con absoluta certeza— aquello pasó, como niebla crepuscular que se disuelve y esclarece cuando el cielo se aviene armoniosamente con la noche. Y la palabra de Próspero que le rompía el corazón al pensar en su propio fin no se la volvimos a oír decir, ese espantoso “*And my ending is despair*”, “Y mi fin es desesperación.”

La muerte fue generosa con él y también el año de su fin estuvo iluminado y dorado por la gracia, esa gracia que fue la dote de José a lo largo de toda su vida, la gracia que coronó al *Elegido*, y que a él le estaba igualmente reservada por haber sido fiel a la vida y haberla sabido llenar con plenitud. La gracia era

Por Erika MANN

palpable. Quien lo vio hacia su fin, en Stuttgart o en Weimar, en Lübeck, en Kilchberg o en Zürich, en Amsterdam o en La Haya, pudo sentir la transfiguración que emanaba de él y que definía todos sus actos. Fue, como es bien sabido, un gran orador y un hombre de poder en grado eminente. Pero no era su talento o su poder, ni la suma de ambos, lo que explica la profunda emoción que de él irradiaba, particularmente en los últimos días. Lo que conmovía a los hombres y casi sin excepción los ganaba para su causa era la personalidad con sus enigmas, de los cuales el más hondo y alto en este hombre de ochenta años no podría llamarse de otra manera sino *gracia*.

Su último año, año de gracia y de cosecha, pese al trabajo ininterrumpido y a las infinitas preocupaciones y fatigas, empezó en agosto de 1954, en Engadin. Una vez más descendimos en Sils-María, en la casa campestre y nos reunimos allí

con los Hesse, como huéspedes habituales. Montagnola había sido siempre objetivo de nuestros viajes a Europa y muchas horas nos pasamos en la fortaleza de Hermann Hesse que domina el lago de Lugano.

La corrección de pruebas del *Krull* le robaba un tiempo precioso. Pero en las primeras horas de la mañana se daba al *asunto principal*, que por el momento se llamaba *Ensayo sobre Chejov*. En cuanto estuvo listo nos lo leyó, en su hermoso rincón de la estancia con el balcón y la vista hacia abajo, sobre la Chasté, y más abajo hasta el valle del Fex.

Antonio Chejov, el maestro ruso de la *short story*, el autor del *Tío Vanía* y de *La Gaviota*, ¿hubiera podido pensar que Thomas Mann tomara tan a lo cordial su vida y su obra, como se siente en el *Ensayo*? La más natural de las preferencias se deja oír en estas páginas que dicen apenas un poco menos de su autor que de su obra. “Quisiera añadir” —se dice hacia el final— “que estas páginas las he escrito con mi más profunda simpatía. Esta poesía me ha ganado. Su ironía fren-



“tu anillo, el hermoso, estaba en tu mano, su piedra lucía sombríamente, te enterramos con él”

SUMARIO: *El último año de Thomas Mann*, por Erika Mann • *La Feria de los Días* • *Biblioteca Americana*, por Ernesto Mejía Sánchez • *El proscrito*, por Alí Chumacero • *El memorial*, por Inés Arredondo • *Sugerencias mexicanas en Valery Larbaud*, por Matilde Pomès • *Tres momentos de la aventura del hombre natural y civil*, por Manuel Pedrosa • *Contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos*, por Carlos de Sigüenza y Góngora • *Artes plásticas*, por Paul Westheim • *Música*, por Jesús Bal y Gay • *El Cine*, por Antonio Montaña • *El Teatro*, por Juan García Ponce y Francisco Monterde • *Libros*, por Max Aub, Carlos Valdés, Eduardo Lizalde, Hugo Padilla, Arturo Cantú, Juan García Ponce y Ramón Romero • *Dibujos* de Adrée Burg y Pedro Coronel.

te a la fama, la duda respecto al sentido y valor de su obra, la incredulidad en su propia grandeza, tienen mucho de una reposada y modesta grandeza. "Estar insatisfecho consigo mismo, ha dicho, constituye un elemento fundamental de todo talento auténtico". En estas frases vuélvese la modestia algo positivo. "Felicitate de tu insatisfacción, dijo, prueba que eres algo más que el satisfecho de sí mismo e inclusive quizás mejor."

Mi padre se sentía a gusto en Sils. De la operación en el pulmón que nueve años antes había amenazado su vida, se había recuperado completamente desde hacía mucho tiempo; y los 1,800 metros de altitud no le afectaban y se daba, junto con mi madre, a cotidianos paseos, en procura de *sitios queridos*, una y otra vez.

En el comedor se sentaban Hesse y su mujer, un poco apartados de nosotros, pues era decisión tácita que las comidas se harían aparte. De sobremesa, por la noche, nos juntábamos y aunque se hablaba de cosas serias, esas horas me han quedado en la memoria como particularmente alegres y agradables. Hesse se reía de muy buena gana, y podía comportarse divertidísimamente, con un estilo de parsimonia campesina, acompañado de detallados e ilustrativos movimientos de las manos, espectáculo que tenía en mi padre su público más agradecido. Por su parte, también mi padre se daba a contar, desempacaba viejas historias de colegio y sacudía la ceniza de su puro mientras que Hesse hacía traer una botella más de vino tinto de la región. Bonachón y parlanchín, social, inclusive galante, así conocimos al *Lobo Estepario*, cuya repugnancia frente al mundo y necesidad de soledad se desvanecen en cuanto se sienta a la mesa con los amigos. Y amigos eran Hesse y mi padre, hermanos en espíritu que nada podía enemistar y que se defendían varonilmente en cuanto se trataba de azuzar a uno en contra del otro.

En el otoño apareció el *Krull*. Y por vez primera Thomas Mann se preocupó de la acogida que su obra habría de encontrar. El libro, decía, está destinado a procurar diversión a las gentes, debe entretener y hacer reír; sólo si lo consigue vale la pena proseguirlo. De lo contrario se queda en fragmento, y punto y aparte.

Se quedó en fragmento. Pero no por falta de éxito: éste se inició más rápida, menos contrariada, y más velozmente en cuanto a la cantidad, que cualquier otro de sus libros anteriores. La culpa de que no tengamos ni una línea más se debe a los planes de trabajo que, en una carta que me mandó el 7 de junio de 1954, se esbozaban de esta manera:

"Flota ante mí la idea de una pequeña galería de caracteres de la época de la Reforma, cuadros instantáneos de Lutero, Hutten, Erasmo, Carlos V, León X, Zwinglio, Münzer, Tilmann, Riemenschneider, y de la forma en que la necesidad de ser contemporáneos y la absoluta diversidad de los puntos de vista y de estado personales, del destino individual, se distienden hasta llegar a lo cómico..."

De esta *Galería* surgió pronto, como preferible, la idea de una obra de teatro, en que muchos de esos *momentos instantáneos* de la época de la Reforma deberían ser elaborados. Las bodas de Lutero, tema que ya Wagner (en contigüidad con los "Maestros Cantores") tenía en vistas, for-

maban parte de esa obra y hasta el fin de su vida ocupó a mi padre.

El teatro, — toda su vida lo había amado y siempre vivió con la esperanza de poder satisfacer sus exigencias algún día, como lo pudo cuando tenía 29 años y escribió el *Fiorenza*.

Sólo una semana permanecieron mis padres en Sils. Vino luego el viaje a la Renania, el primero que emprendieron desde la época nazi.

El trabajo en el *Ensayo sobre Schiller* seguía adelante — o más bien los trabajos preliminares eran los que ocupaban a mi padre y de los cuales no se despegaría muy pronto. Leía, extractaba, se sumergía con verdadera pasión, no sólo en lo que Schiller había escrito, vivido o planeado, sino en todo lo que tuviera algo próximo a su objeto o ayudara a concebirlo. Al final pudo con todo ello escribir muchos libros. Y lo que, bajo dificultades que no muy frecuentemente había conocido, tomó por fin forma, el *Ensayo*, abarcaba 120 páginas a máquina en vez de las 22 que como máximo representaba la conferencia. Schiller estaba muy cerca de él, y nada, casi nada, le hubiera costado sin lectura *ad hoc*, ofrecer una obra libremente improvisada, que hu-

biera leído en Stuttgart o en Weimar. Pero no lo quiso y no podía quererlo. ¡Tenía que ser *todo* Schiller! Habría que meter en el *Ensayo* espacialmente limitado, todos los aspectos del hombre y del artista, de la vida y de la obra, pues sólo así podría aparecer la totalidad de esta figura a través del escrito y hacerse vivo entre sus líneas.

Los meses pasaban. Como si presintiera que estaba ya casi al final, luchaba Thomas Mann con la sobreabundancia de material. "¡Ay", suspiraba en lo más profundo de su pecho, "este trabajo me procura *tal preocupación!*" En cuanto se le hacía ver que *todo* trabajo le había procurado preocupación, y que, a pesar de ello, lo había podido siempre terminar, insistía en que éste había sido particularmente agobiante. "Por lo demás" —añadía, y se reía de manera a la vez tierna y como pidiendo perdón—, "el trabajo es mi única alegría."

Fue, aunque no su única alegría, sí la que condicionaba todas las demás. El trabajo, el sentimiento de ir más adelante en él, de levantar lo comenzado a la misma y elevada altura de su concepción — esto era lo que le daba la posibilidad de toda alegría sentida. En cuanto se ponía ésta en la base, Thomas Mann era la receptividad misma. Música, teatro, seres humanos, cosas bellas, un hermoso día, un niño, un animal gracioso, de todo sabía sacar alegría, con tal de que por ese tiempo algún trabajo le ocupara. Sin el trabajo, esto es, *sin una esperanza activa*, no hubiera podido vivir; y el más horroroso de los rebajamientos hubiera sido en su vida aquel en que, por una reducción de las fuerzas, hubiera tenido que quedarse muy por abajo de sus propias exigencias.

Hacia la Navidad el *Ensayo* quedó terminado. "A Federica Schiller con amor", — ya la dedicatoria caracteriza el ensayo, que el irónico dedica al patético y en cuyos puntos culminantes le sacrifica toda ironía.

"No veo", me había dicho, alargándome el *Schiller* para que lo redujera, "cómo vas a proceder esta vez". Me reí. "Conozco tus cosas", dije confiadamente, y realmente no tuve miedo de poder lograrlo. Algo de capacidad y mucho amor como supuestos hacen en este modesto dominio, junto con el uso, al maestro.

Reducida a 28 hojas, de las 120, le tendí la copia *tachada*. "¿Listo?", me dijo con alegría. "¿Yo? Sí. ¿La conferencia? No." Entre la hora del té y la cena, puesto que hoy no había correspondencia que despachar, siete hojas del *Schiller* cayeron víctimas del rojo tachado de su autor; y sentí un gran alivio al poder introducir, aquí y allá, un par de frasecillas de cuya pérdida no me hubiera consolado.

El día 7 de mayo iniciamos nuestro viaje a Stuttgart. La noche anterior al homenaje a Schiller la pasamos con algunos amigos. Comimos huevos de golondrina y nos alegramos de la frescura primaveral, de su color y sustancia. A hora temprana nos despedimos. Todos los invitados habían viajado durante el día y estábamos ante una tarea que requería nuestras fuerzas. "Nos veremos en el campo del honor", dijo como despedida Thomas Mann.

El 8 de mayo fue un día ideal. La atmósfera, aún fría, absorbía los rayos de un sol fuerte y de verano, sin lograr entibiarse, y las banderas negro-rojo-dorado

(Pasa a la pág. 8)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Jefe de redacción:

Juan Martín.

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Torre de la Rectoría, 10º piso,

Ciudad Universitaria, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 2.00

Suscripción anual: „ 20.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCOS NACIONALES DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUZKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

EL ULTIMO AÑO

DE THOMAS MANN

(Viene de la pág. 2)

de toda Alemania, que como homenaje al presidente de la República Federal Alemana se habían izado en el patio del hotel, ondulaban en pausado movimiento.

Llegamos al teatro con anticipación, antes que Heuss, a quien saludaba, en la puerta del hotel, la masa de los políticos. Le señalaron a mi madre su asiento, mientras que yo, como casi siempre antes de que hablara, no me separaba de su lado. La fiesta se inició con música. El Primer Movimiento de la Tercera Suite de Bach. Después el doctor Schäfer indicó a mi padre que era tiempo de que se encaminara al escenario.

Desde mi puesto, a la izquierda, entre las bambalinas, oí al *Mago* y seguí, con tensión, la reacción de los espectadores que desde ahí me eran invisibles. Thomas Mann *agarró* al público desde el primer momento. Sin desnaturalizar el tono y y el timbre, un amplificador perfectísimo transportó cada una de sus palabras hasta los más apartados rincones de la gran sala. Ningún crujido de los sillones, ninguna tos en las filas traseras de las butacas, esto es, no hubo dificultades que vencer para recibir lo que decía, ninguna para comprender lo oído. Pero además, lo que todo esto quiere decir: curiosidad, entrega y emoción. Esto no podría concebirse, si el conferenciante no se hubiera dado en una profunda emoción. Lo que había invertido en este trabajo lo recogía ahora: un amor comprensivo, una simpatía conmovedora, y un conocimiento, respetuoso y lo suficientemente hondo, como para hacer surgir en fidelidad sin

complacencias la figura de aquel que, ciento cincuenta años antes había ingresado en la patria de su inmortalidad.

Nuestra conferencia, — me la sabía de memoria, palabra por palabra, y la oía, sin embargo, no menos conmovida y recogidamente que la gente extraña allá abajo. Casi nunca, me parecía, había hablado el *Mago* de esa manera, casi nunca tan al milímetro había dado con el medio, en que vivencia y forma se hacen una y la misma cosa, un todo a cuyo nacimiento imaginábamos estar asistiendo.

¡El canto de cisne de mi padre! ¿Podría no haberme llegado tan al corazón cuando que lo entonó con tal emoción? Pero me sentía feliz. Y feliz — la palabra no exagera nada —, feliz se sentía también mi padre, cuando al terminar, después de haber despachado el último *aplau-so* lo recibí tras bambalinas.

El 13 de mayo cruzamos la frontera que nos separa de la Alemania del Este. El Ministro de Educación Johannes Becher y su mujer nos esperan en Wartha. Estandartes en los caminos. Todo podría estar *arreglado*. Seguimos adelante, lentamente a nuestro pesar, en *convoy* oficial. *El pueblo* que corre por todos lados, manifiesta una alegría no fingida. Apuntando hacia Thomas Mann: “Ese es, ese es”. ¡Multitudes de niños, centenares si no es que millares a lo largo de horas!... Comemos en Eisenach... Weimar cubierto de banderas...

14 de mayo. Por fortuna ya pasó todo. Después de la obertura, habla Becher, breve y servicialmente, lo justo. El *Mago* se siente entorpecido por los amplificadores defectuosos. Toses en el público. ¿Por qué hay tan pocos estudiantes? El curso del acto y el efecto de conjunto es, sin embargo, *quite satisfactory*. Para finalizar, una vez más, música... En la plaza, negra de público, escuchan la repetición de la conferencia. Gran aplauso. Gente en todas las ventanas; muchos con gemelos de teatro y anticuados telescopios.

El padre y la madre hablaban entre sí simulando ignorar que ella estaba triste, pero sin darse cuenta bajaban el tono de la voz.

Cuando se oyeron los pasos de Miguel en el vestíbulo, Elisa se quedó quieta, sin respiración casi. Miguel entró vestido de pierrot, estaba alegre. A Elisa le pareció estar viviendo una escena de otro momento, de un acto ya pasado. El hizo un saludo teatral hasta el suelo y los padres rieron contentos y aliviados.

—¿No te has vestido? Date prisa. Pierrot no puede vivir sin su Colombina. ¿No ves cuánta falta le hace al pobre?

Aun vestido así resultaba raro oír a Miguel emplear ese tono falso. Quería estar simpático para hacerse perdonar una culpa que él creía secreta. Pero quería hacerse perdonar, eso era lo importante. Y estaba ahí, presente, mirándola. Algo empezó a zumbiar en la cabeza de Elisa, no entendía nada, pero no le importaba. Fue corriendo a su cuarto, tenía la garganta apretada; la emoción martirizaba su cuerno. Empezó a vestirse de prisa, de prisa, en un frenesí, que poco a poco se fue haciendo de alegría, de una alegría tan loca que la hizo reír por lo bajo a borbotones, con un poco de malignidad, con un mucho de liberación; daba vueltas por el cuarto, bailaba, se paraba, no sabía qué hacer con sus manos, con su risa, con su dicha. Se contuvo: “Miguel la esperaba”. Se quedó deslumbrada: “Me espera, espera por mí, por mí.” Tan natural y tan extraordinario. Se miró al espejo, agradecida, cariñosa. Otra vez confiaba plenamente.

Cuando volvió a la sala estaba excitada, resplandeciente. No sabía cómo pero había vencido, era ciegamente feliz.

—¡Qué guapa eres!

Ronca, insegura, la voz de Miguel era completamente sincera, completamente suya.

Cuando llegaron a la fiesta la música, el calor y las voces los aturdieron. A Elisa le parecía un sueño todo, el estar ahí con Miguel, el que todos les saludaran joviales, como si nada hubiese sucedido. En efecto nada había sucedido. Algo cálido la inundó como un vino tibio bebido de golpe. Bailaban. Ella volvía a estar en el centro de ese mundo increíblemente equilibrado que había creído perdido para siempre.

De pronto, vestida de pirata, con sus claros ojos hirientes, apareció Laura entre las parejas; se acercó a ellos. Traía un membrillo en la mano. Miraba directamente a Miguel, ignorándola por completo. Miguel titubeó, se detuvo. La cara de Laura estaba casi pegada a la suya, sólo las separaba el membrillo que Laura interponía con coquetería.

—¿Quieres?— le dijo al tiempo que mordía la fruta, invitándolo, obligándolo casi a morder, también él, en el mismo sitio, casi con la misma boca. En sus ojos había un reto vencido, blando. En su voz el mismo sabor agrio e incitante del membrillo. Miguel se estremeció. Pero Elisa había comprendido. Aquel olor, aquella proximidad de Laura y Miguel, anhelosamente enemiga, la había hecho comprender. Súavemente acercó su cuerpo al de Miguel, y tuvo la virtud de deshacer el hechizo. Bailando se alejaron de Laura. Elisa se dio cuenta vagamente de que había entrado en un mundo diferente, imperfecto y sabio, difícil; pero se alegró con una alegría nueva, una alegría dolorosa, de mujer.



“un niño, un animal gracioso, de todo sabía sacar alegría”



Lübeck— "reconciliación definitiva con su ciudad natal"

Todo esto no puede haber sido arreglado... Lunch-banquete en el "Elefante". Asisten al acto algunos rusos. El Mago alude a ellos en su discurso de agradecimiento diciendo, "sus amigos soviéticos", lo que sin duda será traducido por los corresponsales fieles a los pactantes del Atlántico como "mis amigos soviéticos". No importa... Por la noche "La Doncella de Orleans"... El Mago se siente cansado. Nos salimos antes de terminar.

Viaje a Göttingen y de ahí, en tren, a Lübeck. Lübeck... reconciliación definitiva con su ciudad natal. Discurso de agradecimiento por habérsele conferido la ciudadanía de honor. El discurso fue burlón, casi insolente, sobre un trasfondo de profunda emoción. Y así volvió a ese palacio municipal, en que su padre fue elegido senador y en cuya ciudad había actuado y gobernado...

Menos de dos semanas separaban Lübeck del octogésimo cumpleaños, fiesta de la vida, que mi padre sentía aproximarse no sin inquietud.

"Hay muchas maneras", había dicho al cumplir cincuenta años, "de hacer frente a los días jubilares... Se oye decir de algunos celebrados que en ese día desaparecen de la tierra, que se retiran, por decirlo así, al desierto, para sustraerse a los honores; y esto hay que interpretarlo inclusive como signo de modestia y dignificar su repugnancia frente a estas insignificancias exteriores. Ustedes lo ven, no me comporto de este modo; y no desde luego en razón de una insuperable afición a sentirse festejado y alabado, sino porque siento que hay que obedecer a la vida y que las fiestas hay que celebrarlas tal y como vienen."

Su octogésimo aniversario lo tomó mi padre sin exageración. A nosotros, participantes de la fiesta, no nos pareció fatigado. En todo caso, a los maltratos podían seguir las vacaciones a orillas del mar; pero por lo pronto dominaba todavía

el tiempo terrestre que en este instante se llamaba Holanda. Fue la última vez que le oí hablar en público. "¡Lástima que tengas que irte. ¿Cuándo tomas el avión?" Hacia las cuatro. De modo que todavía pudimos comer juntos y hablar nuevamente del proyecto, por cuyas exigencias mi padre me enviaba a Londres.

El propósito era éste: se trataba de congregar un pequeño número de espíritus dirigentes —poetas, historiadores, filósofos—, portadores de un nombre honroso en el ámbito de lo humano, que deberían dirigir en común un llamado y advertencia a los gobiernos y pueblos del mundo. Con la persistencia física de la especie humana —esto habría que establecerlo—, está en juego la justificación moral de su ser, el honor de la humanidad. Si por culpa del hombre se produjera un fin violento de la vida terrestre, todo se trocaría en mancha y vergüenza, toda clase de mérito que el hombre hubiera podido conquistar a lo largo de su historia; se mancharían sus obras de siglos, aun aquellas que más cerca están de la más elevada, de la más pura y limpia perfección.

En el éxito palpable de una acción semejante no ponía mi padre, naturalmente, una exagerada esperanza. Pero, aun en el caso de no conseguir nada visible, ¿no ejercería en silencio su efecto sobre los ánimos? La lista de aquellos en que Thomas Mann ponía su confianza era la siguiente: Perl S. Buck (EU), William Faulkner (EU), E. M. Forster (Inglaterra), Hermann Hesse (Suiza), François Mauriac (Francia), Gabriela Mistral (Chile), Lord Bertrand Russell (Inglaterra), Arnold Toynbee (Inglaterra), Albert Schweitzer (Lambaréne).

La Unión Soviética y sus aliados deberían quedar por principio fuera de juego, así como también debería excluirse entre los representantes de las naciones occidentales al elemento comunista. Por

una vez, debería hacerse un llamado a la paz, más acá de las fronteras rojas para no dar ocasión a que ciertos campeones de la co-catástrofe (o como se quiera llamar a los luchadores que se han levantado en contra de la coexistencia) estigmatizaran el llamado como dirigido, inspirado e infiltrado por el comunismo, y para evitar que se colocara la palabra paz bajo direcciones que sin esfuerzo traficarian con ese concepto como con su contrario.

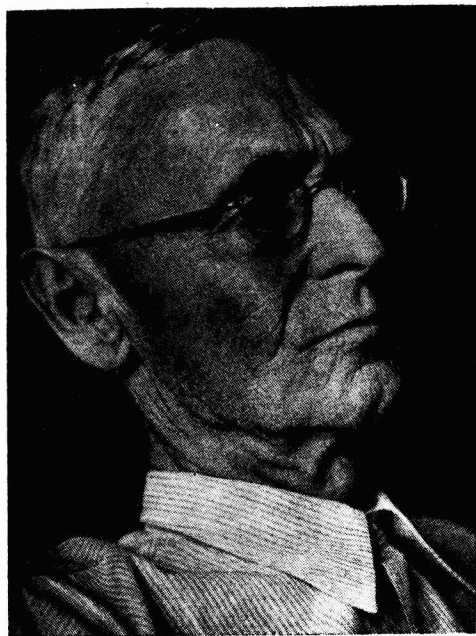
Este era, pues, el plan. Una preparación epistolar de su realización parecía ser algo complicado y lento. Y me disponía a volar a Inglaterra, por lo pronto, a fin de ganar en lo posible para la empresa a los participantes británicos.

Por la muerte de mi padre se hizo inútil lo que allí conseguí o dejé de conseguir. En vistas meramente a sentar ciertos hechos me limitaré a decir que Bertrand Russell y E. M. Forster no sólo se mostraron de inmediato dispuestos a trabajar en el proyecto, sino que sugirieron algunas cosas que serían muy ventajosas para ponerlo en práctica. El profesor Toynbee rechazó el proyecto. Sin querer en modo alguno contrariar los propósitos de Thomas Mann, sostenía la opinión de que el espíritu no debería mezclarse en cosas en las cuales —profesionalmente— no era competente y de las cuales no podría hacerse responsable en un "caso serio". Fue decepcionante.

Mi padre no podía pensar en tal o cual sustituto, pues el 20 de julio el médico lo envió a la cama. Días antes había hablado, por vez primera, con mi madre de los dolores que aquejaban su pierna izquierda. El médico la encontró hinchada y declaró que en ningún caso se trataba de reumatismo. "Su esposo", le dijo el profesor a mi madre, "padece de una trombosis".

Sus días estaban contados. Cada vez más grande y azul aparecía la mirada interrogante de sus ojos gris-azulados. Y, sin embargo, hasta el final no supo conscientemente que la muerte estaba ahí. La muerte, a la que tan íntimamente, y desde siempre, se había sentido ligado, a la que concedía su "simpatía más originaria" y a la que más tarde había sustraído, "por mor del amor y de la vida", sus propios pensamientos; justamente ahora que esta sombría amiga se inclinaba hacia él, no parecería reconocerla en sus rasgos. No la temía. Y si su cercanía se le hubiera ofrecido con mayor claridad y nitidez, no se hubiera sustraído a ella o la hubiera negado. Le hubiera confesado su miedo a mi madre y se hubiera despedido de ella, cuando sintiera su tránsito. Pero que no haya hecho algo parecido da testimonio de la inocencia de su pensamiento, aunque tampoco esto traiciona nada sobre presentimientos y problemas que hubieran ocurrido en capas más hondas de su ser.





Hesse— "bonachón y parlanchín"

"No me puedo permitir visitas", me dijo penosamente, "estoy muy débil". Fue lo último que le oí decirme, cosa tanto más horrible cuanto que se ponía en la obligación de excusarse de no poder, por el momento, entregarse a una plática. "Estoy muy débil", se sintió obligado a decirme, y estaba patentemente decidido a concentrar todas las fuerzas que progresivamente le faltaban, y a superar la debilidad que inexplicablemente se le había venido encima, e inexplicable no sólo para él y para nosotros, sino también para los médicos, que se enfrentaban a un enigma.

Entre las seis y las siete el médico prescribió que se le pusieran varias inyecciones de morfina. El estado del paciente estaba más allá de toda esperanza fundada médicamente, y por tanto no se *arriesgaba* ya nada con el empleo de estos calmantes; pero no podría pensarse como imposible que sobre la base de un buen descanso y alivio, este organismo, que misteriosamente renunciaba a la vida, pudiera nuevamente recobrar una parte de su actividad.

Nos salimos. Mi madre nos hizo ver que no tenía ningún sentido que nos pasáramos la noche en el corredor. Si ocurriera algún cambio nos llamaría; por lo pronto dormía.

En casa, ni siquiera habíamos dejado todavía chorrear los paraguas cuando sonó el timbre del teléfono. "Tengo que participarles", dijo el médico, "que su padre acaba de morir". El reloj señalaba las ocho y diez minutos.

¿Qué había pasado? ¿Por qué en el buen curso de un proceso de curación este hundimiento? ¿A qué se debía esa renuncia, esa ineficacia total de los remedios, aun de los más fuertes y poderosos?

Sólo mediante la autopsia recibimos una respuesta. El informe en que el profesor Löffler comunicaba el descubrimiento decisivo dice así:

"Quisiera participarle el descubrimiento que no pudimos sospechar y que nos permite explicar con absoluta consecuencia la situación, tan peculiar y complicada... Las perturbaciones inflamatorias de las venas, la tromboflebitis, que se presentó al parecer sin causa, estaba en vías de franca curación. La causa de la trombosis se localizaba, sin embargo, en la aguda arterioesclerosis de las grandes arterias de la pierna; en un punto de la

pared arterial, que normalmente está pegada a la vena, la delicada pared se había escoriado. Este proceso había pasado también a las venas y provocó, por lo pronto, la trombosis. Las alteraciones de la arteria no se han detenido sino que la pared escoriada ha dejado escapar la sangre, por lo pronto en cantidad escasa, hasta que finalmente se ha producido una escisión en la arteria. Por el orificio, no mayor que un grano de arroz, la hemorragia ha interesado los tejidos vecinos, y lentamente también los nervios, en especial los plexos del simpático, han sido afectados. Este proceso ha tenido lugar en el curso de algunas horas y no ha cesado de producirse cuando ocurrió la muerte. El proceso ha sido indoloro. Se puede decir que su efecto ha sido equivalente a una desconexión del sistema nervioso simpático, lo que explica que los medicamentos no hayan surtido ningún efecto. La enfermedad que ha provocado estos fenómenos es la arterioesclerosis de las arterias y de los



Chejov— "su ironía frente a la fama"

grandes vasos de que hemos hablado, desarrrollada en un grado realmente inaudito y que en lo esencial sólo ha respetado las arterias del cerebro..."

El informe del profesor ¿podía aportarnos un consuelo en nuestra lamentación? ¿Ay!, no había ningún *consuelo*, no podría haber consuelo. Que la gracia hubiera presidido esta muerte, lo mismo que esa vida, de ello estábamos agradecidos. La arterioesclerosis cuyas manifestaciones, en toda su plenitud, lo habían respetado hasta entonces ¿no hubiera irrumpido un día torturándole, no sólo en lo corporal sino también en lo espiritual? Y lo único que realmente temía, ¿no hubiera tenido algún día que verlo ante sí: la privación de su capacidad creadora — *hiriendo hasta lo inconcebible*?

Querido, amado *Mago*, graciosamente fuiste conducido hasta el fin, y en calma saliste de *esta verde tierra* por cuyo destino te angustiaste amorosamente por mucho tiempo. Tres días reposó tu *envoltura*, — el liviano cuerpo con la extraña, cerúlea, tiesa y atrevida cabeza, en la cámara mortuoria de la clínica. Tu anillo, el *hermoso*, estaba en tu mano. La piedra lucía sombríamente. Te enterramos con él.

Traducción de Emilio Uranga.

SUGERENCIAS MEXICANAS en VALERY LARBAUD

Por Matilde POMES

DE NO HABER MUERTO o, mejor dicho, de no haber acabado de morir, pues fueron una agonía los últimos veinte años de su existencia, nadie con más gusto y acierto que Valery Larbaud hubiese llevado su piedra al monumento que la Universidad Nacional Autónoma de México acaba de levantar a la gloria de Alfonso Reyes y a la propia, ambas confundiendo y redundando en el renombre y prestigio de la patria.¹

¿Cómo y cuándo conoció Larbaud a Reyes? A éste le toca aducir datos. A falta de ellos, acaso no resulte descabellado suponer que el primer contacto puede fecharse el lunes 21 de febrero de 1917. Aquel día, según consta en la página 60 de su *Journal* (Gallimard, 1955), Larbaud, que se hallaba a la sazón en Alicante, cuyo clima convenía a su salud algo deficiente y solía pasar allí largas temporadas, huyendo de los crudos inviernos y agrias primaveras parisienses. Aquel día, en la librería Pastor, hurgando y husmeando entre *las últimas novedades*, le llamó la atención una traducción al español de la *Orthodoxie* de Chesterton. Larbaud, ya se sabe, conocía como nadie la literatura inglesa, especialmente contemporánea. Y no sólo la literatura, sino la lengua. Relevante traductor, no es de creerse que, a pesar de estar lindamente editado, adquiriese el libro así como así; de seguro lo hojearía previamente y se daría cuenta de cómo le sonaba en la nueva lengua y qué tal salía librado en ella. Es elocuente el hecho de que en el tranvía releyese "quelques chapitres de mes anciennes amours. Cela me plaît encore beaucoup, bien que j'aie maintenant découvert où G. K. Chesterton voulait en réalité en venir."

Por otra parte, el traductor Alfonso Reyes, residía entonces en Madrid. Aunque su labor periodística no hubiera llegado a manos de Larbaud, no podía haber dejado de sonarle a éste su nombre, siquiera por los amigos madrileños que le visitaban en Alicante.

Recíprocamente Reyes, por el mismo conducto, también debía estar enterado de la estancia en la costa levantina de un escritor a quien estimaba (lo cita entre la prestigiosa lista de los de la "Nouvelle Revue Française" en su artículo de "By-products" de la paz).² Como ese escritor se daba de vez en cuando alguna escapada a Madrid, es posible que se topasen y tratasen en la Villa y Corte.

Lo cierto es que cuando, en 1927, se publica en la editorial Gallimard la versión francesa de *Visión de Anáhuac*, es-